

Francisco Javier GÓMEZ ESPELOSÍN, *Memorias perdidas. Grecia y el mundo oriental*, Akal [Serie Historia Antigua 341], Madrid 2013 (318 pp.), ISBN 978-84-460-3731-6.

El libro reseñado colma una laguna en la historiografía española, que en general no ha prestado demasiada atención al tema de los contactos del mundo griego con sus vecinos orientales (véase una reflexión al respecto ya en Francisco Javier Gómez Espelosín, *Historia de Grecia. Planteamientos y recursos didácticos*, Alcalá de Henares: UAH, 2012, pp. 20-22). El lector debe tener presente que, a nivel internacional, existen muy pocas obras sobre este tema que estén actualizadas y constituyan una visión amplia y coherente, como la aquí reseñada. El autor es un reconocido helenista que se ha interesado durante largo tiempo por este asunto, y la obra es el resultado de su trabajo en el marco inicial de un Proyecto de Investigación (p. 7). Como muestra la bibliografía final (pp. 263-308), Gómez Espelosín ha empleado de manera extensiva obras altamente especializadas, no sólo sobre la Grecia antigua —cosa que se presume—, sino también sobre el Próximo Oriente. Además, otra virtud de la obra es que se emplean tanto las fuentes y estudios filológicos como arqueológicos. Dada la orientación de quien ahora escribe, la presente reseña está enfocada sobre todo a valorar la perspectiva «oriental» del libro (sobre todo de su primera mitad), y a actualizar en la medida de lo posible algunos títulos y otros elementos del mismo.

La obra consta de seis capítulos, parcialmente estructurados de manera cronológica. El primero lleva por título «Historia de un desencuentro: una arqueología intelectual» (pp. 9-51), y —a modo de introducción— proporciona un marco historiográfico que sitúa la discusión de los siguientes apartados. Este capítulo es enormemente enriquecedor. En la última década se han multiplicado los estudios acerca de la vertiente historiográfica de los estudios orientales, que ya existen desde hace más de 150 años —valga como ejemplo el reciente Rocío Da Riva y Jordi Vidal (eds.), *Descubriendo el Antiguo Oriente: estudios de Mesopotamia y Egipto a finales del siglo XIX y principios del siglo XX*, Barcelona: Bellaterra, 2015—. Un capítulo como el analizado pone de relieve la importancia que un tema como el tratado ha tenido en la discusión intelectual

y académica, desde el Renacimiento hasta el siglo xx.

Un apartado especial lo constituye el relato del descubrimiento de Oriente (pp. 20-28). El autor pone especial énfasis en los archivos importantes en la obra, por ejemplo Mari o Ugarit. Sobre el primero se acaban de publicar varios trabajos a modo de introducción a sus fuentes, en «Tell Hariri / Mari», *Supplément au Dictionnaire de la Bible* 14, 2014, 213-464 (coord. Jean-Marie Durand). Sobre Ugarit el lector interesado debería consultar, también a modo de introducción, Marguerite Yon, *The City of Ugarit at Tell Ras Shamra*, Winona Lake IN: Eisenbrauns, 2006; y si quiere profundizar en el tema Wilfred G. E. WATSON y Nicolas WYATT (eds.), *Handbook of Ugaritic Studies*, Leiden, Boston y Colonia: Brill, 1999. Igualmente, en lo que respecta al desciframiento de la escritura cuneiforme, un título muy accesible es Brigitte Lion y Cécile Michel (eds.), *Les écritures cunéiformes et leur déchiffrement*, París: MAE, 2008 (en el texto, p. 24 n. 35, existe una confusión entre esta obra y otra de las mismas autoras, pero publicada al año siguiente).

El título del segundo capítulo, «Un mundo sin fronteras: el Mediterráneo oriental en el segundo milenio a. C.» (pp. 53-94), define el estudio que el autor va a acometer. En este periodo coexisten importantes civilizaciones, tanto en el Egeo (minoicos, micénicos) como en el Levante (Mari, Ḫatti, Ugarit y Canaán, etc.) o Egipto (Imperios medio y nuevo). Uno de los principales puntos de encuentro entre estas civilizaciones fue, sin duda, Creta. Gómez Espelosín centra su atención (pp. 70-71) en la mención de la isla en un documento administrativo de Mari, datado en 1765 a. C., y que dice: «Una mina (y) [...] tercios de estaño para el (príncipe) cretense; un tercio de mina de estaño para el intérprete, <sup>1</sup>supervisor [de los comerciantes c[re]tenses en Ugarit» (*ARM 23 556: 281+ x/3 MA-NA AN-NA a-na kap-ta-ra-i-im 291/3 MA-NA AN-NA a-na LÚ ta-ar-ga-ma-an-nim 301UGULA* [DAM-GÀ]R k[a]p-ta'-ra-i 31i-na ú-ga-ri-tim<sup>kt</sup>). No obstante, las menciones de Creta en los textos de Mari son ciertamente numerosas (véase e. g. Michel Guichard, «Les mentions de la Crète à Mari», en A. Caubet [ed.], *L'acrobate au taureau. Les découvertes de Tell el-Dab'a (Égypte) et l'archéologie de la Méditerranée orientale (1800-1400 av. J.-C.)*, Pa-

rís: La Documentation Française, 1999, 165-177). Según un texto inédito (M.10374), meses más tarde del episodio arriba referido, el rey Zimri-Lim volvió a Mari de su viaje por Occidente, y se hizo construir un barco a la manera cretense —¿quizás una maqueta?— para celebrar la fiesta de la diosa Ištar (Michel Guichard, *La vaiselle de luxe des rois de Mari*, Paris: ERC, 2005, 163). Los objetos importados a Mari desde Creta no pasaban necesariamente por el puerto de Ugarit, sino también a través de Alepo y Karkemiš (Guichard, *op. cit.* 2005, 167).

Otro punto de encuentro entre el Egeo y Oriente habría sido la isla de Chipre, sobre todo durante el Bronce Final. Se observará que, según parece, el término *Alašiya* que se creía designaba a Chipre probablemente solo se refiere a una parte de la isla (Dominique Charpin, «Une mention d'Alašia dans une lettre de Mari», *Revue d'Assyriologie* 84, 1990, 125-127). Sobre la intensa relación diplomática de Ugarit con Chipre, y la posibilidad de que ambas casas reales estuviesen unidas por matrimonios interdinásticos, véase Florence Malbran-Labat, «Alašiya et Ougarit», *Res Antiquae* 1, 2004, 365-377 —además del trabajo de Karageorghis citado en p. 109 n. 47—.

Con respecto a esto último, en la relación entre Grecia y Oriente durante el segundo milenio a. C. siempre tienen un lugar importante los archivos de Ugarit (e. g. p. 71). Las excavaciones arqueológicas en el sitio han revelado numerosos objetos procedentes del Egeo (además del título de Peyronel citado por el autor en p. 56 [y cf. p. 81], véase e. g. Annie Caubet y Valérie Matoïan, «Ougarit et l'Égée», *Rivista di Studi Orientali* 11, 1995, 99-112). Un reciente trabajo acerca de todas las relaciones comerciales durante el Bronce Final, incluyendo las de Ugarit y otros estados de la época con el mundo egeo, se encuentra en Christopher M. Monroe, *Scales of Fate. Trade, Tradition, and Transformation in the Eastern Mediterranean ca. 1350-1175 BCE*, Münster: Ugarit Verlag, 2009.

Por último, no podía faltar en la ecuación el debate acerca de los Ahhiyawa-aqueos (pp. 73-76). En español ya existía el conocido trabajo de Alberto Bernabé, «Hetitas y aqueos. Aspectos recientes de una vieja polémica», *Estudios Clásicos* 28, 1986, 123-138. Un buen resumen acerca del

tema, actualizado convenientemente, se encuentra en José Virgilio García Trabazo, «Ahhiyawafraige y cuestiones conexas. ¿Podemos extraer más datos de las fuentes hititas?», en J. J. Justel et al. (eds.), *Las aguas primigenias. El Próximo Oriente Antiguo como fuente de civilización*, Zaragoza: IEIOP, 2007, 43-67. Además, en los últimos años se han reunido todos los textos anatolios referidos a los Ahhiyawa en Gary Beckman, Trevor Bryce y Eric Cline, *The Ahhiyawa Texts*, Atlanta: SBL, 2011. Por último, la relación entre el Egeo y Anatolia en estas épocas es objeto de varias contribuciones reunidas muy recientemente en Nicholas Stampolidis et al. (eds.), *Nostoi: Indigenous Culture, Migration, and Integration in the Aegean Islands and Western Anatolia during the Late Bronze and Early Iron Age*, Bristol CT: ISD, 2015.

El tercer capítulo se titula «El legado de la Edad de Bronce» (pp. 95-130), y se centra en el periodo que va desde la aparición de los Pueblos del Mar hasta aproximadamente el siglo IX a. C. Uno de los principales elementos de este apartado se refiere a los paralelos entre la épica griega y la oriental, tema que ha sido sobre todo tratado por helenistas, entre los que destaca Walter Burkert (véanse comentarios a sus trabajos, desde la perspectiva de un orientalista, en Gonzalo Rubio, *Orientalia Nova Series* 75, 2006, 409-414). A la bibliografía se podría añadir el accesible Martin L. West, «Ancient Near Eastern Myths in Classical Greek Religious Thought», en J. M. Sasson (ed.), *Civilizations of the Ancient Near East*, Nueva York: Scharles Scribner's Sons, 1995, 33-42, y más recientemente Scott B. Noegel, «Greek Religion and the Ancient Near East», en D. Ogden (ed.), *A Companion to Greek Religion*, Malden MA: Blackwell, 2007, 21-37.

El capítulo cuarto, «Esplendores de Oriente» (pp. 131-168), se centra en la relación de los griegos con dos de los grandes imperios orientales del primer milenio a. C. (véase adicionalmente e. g. Alexander Fantalkin, «Identity in the Making: Greeks in the Eastern Mediterranean during the Iron Age», en A. Villing y U. Schlotzhauer [eds.], *Naukratis: Greek Diversity in Egypt*, Londres: The British Museum, 2006, 199-208.) Sobre la relación de los asirios de esta época con las tierras del Mediterráneo se puede consultar el reciente Ariel M. Bagg, *Die Assyrer und das Westland. Studien zur historischen Geographie und Herrschaftspraxis in der*

*Levante im 1. Jt. V.u. Z.*, Lovaina: Peeters, 2011: e. g. p. 20 sobre Frigia, p. 70 sobre Lidia, pp. 179-185 sobre las rutas asirias (entre ellas, las comerciales) hacia Levante y Occidente, etc. Respecto a Egipto, la investigación se ha interesado sobre todo por la ciudad de Náucratis, que «a diferencia del resto de los establecimientos griegos extendidos por la cuenca mediterránea, debió su existencia al interés y al favor demostrado por las autoridades egipcias» (p. 161). Al lector pueden interesarle varios artículos recientes relativos al estatus de dicha población, como Damien Agut-Labordère, «Le statut égyptien de Naucratis», en V. Dieudonné *et al.* (eds.), *Entités locales et pouvoir central: la cité dominée dans l'Orient hellénistique*, Nancy: Université de Nancy 2, 2012, 353-373.

El quinto capítulo se titula «Los griegos y el Imperio Persa» (pp. 169-215), y constituye una de las partes fundamentales de la obra. Especialmente interesante es la evidencia de que existieron influencias recíprocas, y de que ambas culturas fueron permeables. Es de destacar que en España existen proyectos orientados en este sentido, por ejemplo el dirigido desde 2013 por Álvarez-Pedrosa, *Indios y griegos en la corte de los Aqueménidas: análisis de un contacto cultural*. El relato de Gómez Espelosín no acaba con Alejandro, y se incluyen varias referencias a la época seléucida; en este sentido, a la bibliografía se pueden añadir trabajos todavía interesantes como los recogidos en Amélie Kuhrt y Susan Sherwin-White (eds.), *Hellenism in the East. The Interaction of Greeks and non-Greek Civilizations from Syria to Central Asia after Alexander*, Londres: Duckworth, 1987. De igual manera, el lector puede encontrar interesante la historia de los seléucidas entendida desde la perspectiva cuneiforme, en Robartus J. Van der Spek, «Seleukiden, Seleukidenreich», *Reallexikon der Assyriologie* 12, 2009-2011, 369-383. Además, Gómez Espelosín incluye puntualmente la época parta, correspondiente a los pueblos que ocuparon Oriente desde el siglo II a. C. Se indica en un momento (p. 214) que «con los partos irrumpe un nuevo estilo que cambia por completo el panorama anterior». Se observará que, desde la perspectiva de las fuentes cuneiformes, más bien parece que los partos impulsaron una línea continuista; sobre este tema véanse por ejemplo los comentarios a los textos publicados en Robartus J. Van der Spek, «Cu-

neiform Documents on Parthian History: The Raĥimesu Archive. Materials for the Study of the Standard of Living», en J. Wiesehöfer (ed.), *Das Partherreich und seine Zeugnisse*, Stuttgart: Franz Steiner, 1998, 205-258.

El último capítulo, «La invención de Oriente» (pp. 217-261), contiene una serie de reflexiones a modo de conclusión. Una de las más importantes (e. g. pp. 225 y 259) es que ni el mundo griego fue monolítico en su naturaleza o desarrollo histórico, ni el mundo oriental fue inamovible y se abstrajo de los cambios en su entorno. Por ello, es necesario incidir de nuevo en el carácter permeable de ambas culturas, la griega y la oriental, y en el hecho de que existieron múltiples influencias en uno y otro sentido —aunque el carácter e importancia variaron dependiendo de épocas—.

La obra se cierra con una extensa lista bibliográfica (pp. 263-308) y con mapas ilustrativos (pp. 310-315), aunque se echan de menos un índice de topónimos. En varias ocasiones existen erratas en la referencia a los títulos. Por ejemplo, en p. 21 n. 32 el título Peck 2001 no aparece en la bibliografía, lo mismo que en p. 22 n. 34 el título Briquel-Chatonnet 2009, o en p. 47 n. 108 el título Bravo 1968; en p. 39 n. 73 la referencia Bryce 2001 parece referirse a Bryce 2006, igual que en p. 112 n. 58 la referencia Lane Fox 2008 se refiere a 2009; en p. 47 n. 111 el título Burstein 1996 debería decir 1996a, lo mismo que en la p. 106 n. 36, Morris 1997a en vez de 1997; etc.

En definitiva, ésta constituye una obra esencial para comprender el devenir cultural de la Grecia antigua. Una de sus virtudes es reunir todos los datos disponibles sobre el tema, exponerlos de manera ordenada, e integrarlos dentro del contexto histórico de ambas culturas, la griega y la oriental, que el autor controla sobradamente. Como se ha apuntado al principio de la recensión, no existían obras actualizadas —a nivel nacional o internacional— que disfrutasen de estas características, ni en español ni en otras lenguas, por lo que el lector español está de enhorabuena y el autor debe ser felicitado por su trabajo.

JOSUÉ J. JUSTEL  
 Universidad de Alcalá  
 josue.justel@uah.es  
 ORCID: 0000-0002-8269-0177